## COSAS DONOSTIARRAS

# Exposición al aire libre

Y lo tenemos de toda hermosura.

Suponemos que, en otras vecindades, sucederá lo que aquí coincide.

Quien tenga algún conocimiento de lo que vamos á tratar, con seguridad, ha de leer con curiosidad estos renglones.

Allá va; empecemos.

Existen en San Sebastián casos muy interesantes: se ven parecidos físicos tan exactos. por los cuales podría decirse «ejemplares repetidos» así, con estas frases que pertenecen á las dependencias de Bibliotecas y Archivos.

Sin duda de ningún género, es muy cierto que los parecidos de las personas se reproducen en las nuevas generaciones.

Sin más preámbulos, entremos á fondo del asunto que nos presentan nuestros queridos vecinos.

Para los ejemplares que, vayamos presentando no hemos de usar ningún nombre patronímico; pero para determinar, usaremos los pronombres siguientes: *este, ese y aquel.*

—Veis todas las mañanas y por las tardes un hombre que se pasea por la Brecha y también por la plaza de Guipúzcoa y que, sin peros, atraviesa todos los momentos; el hombre es de estatura regular, de espaldas anchas, la cara cuadrada y llena, los ojos poco abiertos á causa de la carnosidad del rostro, el color tostado: pues esta persona es viva reproducción del mismísimo *Cúchares.*

—Ahí va ese hombre por el camino de Loyola, figura hermosa, sin duda de musculatura bien formada y acentuada; alto, de hombros an–

chos, cabeza de gran carácter y de barba abundante; cuando le veo sentado, le admiro de veras, pues me recuerda con toda su grandeza al Moisés de Miguel Angel.

—Este otro va por el paseo de Atocha, le veo muchas veces; es francés, bastante alto é inclinado de hombros, sus ojos mirando al suelo como quien piensa, las patillas unidas al bigote y la barbilla completamente limpia; su conjunto expresa carácter; su físico recuerda al mismísimo Tomás de Zumalacarregui.

—Ahí tenemos á ese señor, le veo por el campo de Alderdi-Eder, es retrato exacto de Felipe II, conforme vemos en las pinturas de la época.

En este párrafo se trata de un personaje muy conocido en la localidad.

Paseaba con frecuencia por el llamado Monte-Ruso.

El individuo en cuestión se parecía al célebre monarca, en tales términos, que cuando tropezábamos con el vecino que citamos en estas líneas. nos recordaba tomos de la Historia de España, y sentíamos aquella exclamación que nuestros antiguos exclamaban doblando el dorso: Señores, ¡¡¡El Rey!!!

—A ese otro, leveo por el Boulevard; su tipo es elegante, pasea con el gabán al brazo, usa barba partida, bien cuidada, y el sombrero ancho lo lleva con el ala caida por el lado del sol; su figura recuerda al mismísimo Rubens.

—Ahí va un hombre que no se ríe; de estatura regular, semblante de poco atractivo, bastante gordo, anda por todas las calles, nunca de prisa, no inspira simpatía, nada de bondad; su tipo nos recuerda al mismísimo Fernando VII.

—Por el barrio de San Martín tropezamos con un hombre alto, de cara larga, ojos abiertos, de barba puntiaguda, mucha frente, su mirada significativa: es una reproducción viva de aquel insigne artista: de Thetocopuli el Greco.

—Lo que vemos ahora es una mujer, de fisonomía imbécil, de mal color, ojos muy abiertos que nada dicen, cara larga, el labio inferior dominando al superior; pues bien, esta hembra es el retrato exacto de aquel desgraciado que le llamaron Carlos II, el *Hechizado.*

Del eminente Sánchez Coello, admiramos en la sacristía del Escorial el retrato del último Austria.

—Por ahí va á quien se le ve por la plaza del Mercado, por la Pes-

cadería y por otros sitios, no creo haya pensado ni en Waterloo ni en las Pirámides. Es un hombre bajo de estatura, pescuezo corto, apenas se ríe, casi siempre lleva la mano derecha colocada en la abertura que deja su levita medio abrochada, el brazo izquierdo atrás, su aspecto significa mando, parece, pero no dice nada: éste nos recuerda al mismísimo Napoleón el Grande, naturalmente, sólo en el físico.

—Hasta hace poco se la ha visto, vendía pescado por las calles, una mujer bastante alta, fea, con los pelos descuidados, de tipo poco armonioso; hace tiempo que no se la ve: es viva reproducción de la mismísima María Luisa, mujer de Carlos IV, fué pintado el retrato de esta reina por el inmenso Goya.

—Solemos tener el placer de apretar la diestra de cierto caballero donostiarra y conocedor del mar: su fisonomía podía pasar como retrato de D. Francisco Silvela.

—Conocemos á un casero, á un campesino, que no sabe leer ni escribir, ni castellano, pero que posee primorosamente el bascuence neto; en cuanto se le ve, en el momento se despierta en la mente la Historia de los Estados Unidos de América: la cabeza del casero se parece á aquel hombre extraordinario que se llamó Washington.

*
* *

Por el momento, no va más, abajo el telón.

La vecindad donostiarra presta materia extensa, no solamente para unas cuartillas, sino para una serie de artículos, acerca del asunto que hemos tratado.

Pues bien: el trabajo presente concuerda fielmente con los originales que se citan.

Y para que conste en donde quiera, consigno mi signatura.

MENDIZ-MENDI.